

PRESENTACIÓN DEL ILMO. SR. D. ÁLVARO PASTOR TORRES

Por RAMÓN M^a SERRERA CONTRERAS

Excmo. sr. director.

Queridos compañeros de academia.

Distinguidos amigos.

Quiero agradecer al excmo. director de esta Corporación que me haya concedido el alto honor de presentar al nuevo académico correspondiente, el profesor Álvaro Pastor Torres, en esta corporación. Nuestro nuevo correspondiente por el pueblo de Paradas forma parte de ese nutrido grupo de docentes que, sin haber alcanzado el grado de catedrático de Universidad, dedicaron toda una vida a la docencia en la enseñanza media dedicándose a sembrar conocimientos a muchachos entre los 12 y los 18 años y poniendo las bases con seriedad para su futura formación en niveles superiores de la docencia universitaria.

Eso fue lo que hicieron en su día ese glorioso grupo de enseñantes que desempeñaron la misma tarea, y cuya nómina se enriqueció con nombres legendarios como Gerardo Diego, Antonio Machado, Antonio Domínguez Ortiz, Joaquín Guichot y Parody, profesor de dibujo en el San Isidoro y cronista de la ciudad de Sevilla, Demetrio de los Ríos, arquitecto y efímero profesor de Matemáticas del San Isidoro, Matilde Moliner, Hermenegildo Giner de los Ríos, Samuel Gili Gaya o Francisco Barnés Salinas. La mayoría

de ellos pertenecieron a la Generación de Plata de nuestra Cultura Hispana y sentaron las bases del futuro desarrollo académico y científico de nuestro país, ya en plena posguerra.

Álvaro nació un 2 de noviembre, día de los difuntos –¡ya es mala suerte, con la de días que tiene el año!– de 1966, en la esquina de la calle San Miguel con Trajano, clínica de Nuestra Señora del Rosario, del doctor Morote, antigua collación de San Miguel, cuya desaparecida parroquia acabaría estudiando en sus aspectos históricos, artísticos e iconográficos.

Fue bautizado a los tres días en la pila de la parroquial paraña de San Eutropio, que también terminaría escudriñando desde la Historia y el Arte, pues no en vano era como una prolongación de su hogar, siempre al lado de su mejor maestro, el bueno de Enrique Ramírez Cansino, Enrique “el Sacristán”. De sus primeros ocho apellidos, salvo De los Santos y Benítez por la abuela paterna, que son de El Viso del Alcor, los demás tienen profunda raíz en Paradas desde hace varios siglos: Pastor, Torres, Cansino, Portillo, Palma y Crespo.

Álvaro se crio en una casa muy grande de la calle Larga de Paradas, dos de cuyas habitaciones exteriores conformaban la oficina de la Caja de Ahorros Provincial San Fernando, que dirigía su padre y en la que también trabajaba su tío Ricardo Benjumea-Cansino, amante de las letras y coleccionista infatigable de temas paradeños. Era una casa de ladrillo visto con resabios regionalistas, patio de olambrillas, aspidistras y costillas de Adán, interminables “soberaos”, corral con pozo, leñera, gallinero y un limonero muy a mano de la antigua cocina, que en tiempo tuvo un hogar de obra y lumbre, una cocina por la que siempre andaba Manuela Gil Sánchez “Lela”, la tata del padre y de los tres hermanos Pastor Torres: José Antonio, Jesús... y catorce años después llegó Álvaro que a punto estuvo de llamarse Leopoldo y de sucumbir en su bautismo pues a sus jóvenes padrinos –su hermano José Antonio y su prima Gloria Revilla Torres– se les escapó el niño, que ya apuntaba volumen, y vino a dar con su cabecita en el duro mármol.

En Paradas jugó, soñó y estudió, primero con las monjas carmelitas, después en el colegio de la plaza del Santísimo, más tarde en La Glorieta y por último estrenó el colegio de San Albino, junto a una ermita que saldrá en su discurso. Y en Paradas también amó y se mudó a un piso de la plaza de España desde cuya trasera

se veían los paredones del antiguo castillo de la villa y bajo cuya terraza montaban la feria y la verbena de San Eutropio.

Un buen día dejó el pueblo camino de la sevillana calle Urquiza, y apostado en el asiento trasero de un SEAT 124 ranchera, cuando no había cinturones de seguridad, vio desaparecer la silueta del pueblo al bajar la cuesta de los Alberos camino de El Arahál, como se nominaba entonces la población vecina. Se le abrió Sevilla en plenitud, la Sevilla de principios de los ochenta, una ciudad que ya conocía de Semanas Santas, Cabalgatas de Reyes Magos, festejos taurinos o de las visitas habituales a Casa Marciano, Galerías Preciados y La Casa de las Galletas, donde siempre había un dependiente con baby crudillo pidiendo el repaso de una cuenta.

Y en Sevilla, como escribió su buen amigo Rafael Montesinos en esa malograda inscripción que nunca colocaron en su casa natal de la calle Santa Clara, “vivió, amó [en especial a Rosa] y sufrió como todos los demás hombres. Y, como todos los demás, también fue feliz algunas [muchas] veces”, y como termina la cita “no preguntéis sus nombres, porque los nombres se olvidan”.

Cursó BUP y COU en el peculiar San Francisco de Paula de la transición, lo que como el sacerdocio imprime carácter. *In illo tempore*, o sea, muy a principios de los ochenta, disfrutó de una de las primeras tarrinas que se despacharon en la recién abierta Heladería Rayas, después de haber comprado la revista taurina *Aplausos* en el puesto de Manolo, junto al muro de San Pedro, ya en la calle Doña María Coronel, donde conoció y empezó a trabar amistad con un académico de esta casa: don Joaquín Caro Romero.

“Cursó estudios en Derecho” —eufemismo que se usa mucho ahora— para edulcorar que no se terminó la carrera, con matrículas de honor y sobresalientes de los catedráticos Murga, Martínez Gijón o Pérez Royo; traspasó una reja de la antigua fábrica de Tabacos y se licenció en Geografía e Historia, especialidad Historia del Arte; opositó al cuerpo de profesores de enseñanza secundaria; se recorrió como interino los confines del Reino y también de la provincia de Sevilla (Santa Olalla del Cala, El Cuervo, El Saucejo o Écija) y desde hace años imparte docencia —como también dicen ahora, aunque él prefiere decir da clase— en el Instituto de Enseñanza Secundaria Miguel Servet de Sevilla Este.

Entre medio, enseñó Sevilla a los sevillanos en los primeros talleres que se pusieron en marcha por los distritos municipales

hispalenses, en Triana-Los Remedios concretamente; ordenó archivos de hermandades bajo la dirección de nuestro académico don Manuel González; fue ocasional ayuda de mozo de espadas de su amigo Francisco Sánchez Romero, novillero de Rota con el que se recorrió media España, de Tarifa a Illescas y de Campofrío a El Puerto de Santa María; dio mil y una conferencias de los más variados temas y en los más variopintos lugares; recopiló, seleccionó, anotó y publicó los textos periodísticos de Joaquín Romero Murube, su admirado hermano en la Soledad de Nuestra Señora; le puso guión a varias series televisivas junto a Paco Robles y Manuel Jesús Roldán; perdió su anonimato –y buena parte de su timidez– en múltiples programas de las televisiones locales; publicó más de 15 libros de variadas materias (historia local, fotografía, crónica taurina, recopilaciones de sus textos en prensa, facsímiles dieciochescos, etc.); organizó junto a su buen amigo Pepe Morán exposiciones de Jesús Martín Cartaya; colaboró durante más de treinta años con la prensa local (*ABC* de Sevilla y *El Mundo*, llegando en ambos a tener columna de opinión ¡con fotografía de su carita!), y firmó en revistas especializadas más de un centenar de artículos científicos de Historia y Arte donde dio a conocer proyectos y obras inéditas de los arquitectos Leonardo y Antonio de Figueroa, José Álvarez o Fernando de Rosales; los escultores Alonso Cano, Pedro Roldán, Bernardo Simón de Pineda, Benito de Hita y Castillo, Pedro Ruiz Paniagua o Manuel García de Santiago, pintores como Domingo Martínez o rejeros como el almonteño Sebastián Conde, el autor de la cruz de la Cerrajería.

Tras brindar su agradecimiento a la Academia y a los académicos, aborda el profesor Pastor Torres algunos datos sobre su admirado José Gómez Salvago, anterior académico correspondiente en Paradas. Y ello antes de centrarse en la figura histórica e indiana de don Antonio M.^a de Bucareli y Ursúa (un personaje muy ligado históricamente a Sevilla) y algún peculiar acompañante de su séquito, objeto central de su interesantísima disertación, que ahora vamos a tener la oportunidad de escuchar.

Por todo ello, bienvenido a esta casa, querido y apreciado Álvaro. Aquí somos muchos los que te que queremos y admiramos.

Muchas gracias a todos por vuestra presencia.

He dicho.